

preocuparéis de mí? Iré y vendré como un espíritu bienhechor que está en todas partes, y cuya presencia, aunque se la siente, no se advierte ostensiblemente.

— Vamos, tú, dime ahora, Delfinita, Finita mía, si no tenía yo razón cuando te dije: « En la calle de Artois hay un cuartito muy mono; ¿vamos á amueblárselo? Tú no querías, de modo que el autor de toda esta alegría soy yo, también autor de tus días. Los padres, para ser felices, deben dar, dar siempre. Dar siempre constituye el ser padre.

— ¿Cómo? preguntó Eugenio.

— Sí; ella no quería, porque temía á las bobadas que por ahí pudieran decir. ¡Como si el mundo compensara nuestra dicha! Cuando precisamente todas las mujeres sueñan con hacer lo que ella hace...

Goriot hablaba solo. Delfina de Nucingen había conducido á Eugenio al gabinete, en el que sonó el ruido de un beso, aunque dado muy quedo. Esta otra habitación correspondía por su elegancia á las demás de la casa, en la que, por cierto, nada faltaba.

— ¿Hemos interpretado bien sus gustos? dijo volviendo á la sala para sentarse á la mesa.

— Demasiado bien. ¡Ah! este lujo tan completo, esos hermosos ensueños realizados, todas las poesías de una vida tan joven, elegante, hartamente y aprecio todo eso para no merecerlo; pero no puedo aceptarlo de usted, y es aún demasiada la escasez de recursos para...

— ¡Hola! ¡hola! ¿Ya se me resiste usted? respondió Delfina con zumbón tonillo de autoridad, haciendo al propio tiempo uno de esos lindos gestos de dis-

gusto que las mujeres suelen emplear para desvanecer algún escrúpulo, burlándose de él.

Eugenio había hecho durante aquel día solemne examen de conciencia, y, por otra parte, la detención de Vautrin había venido á mostrarle en qué espantosos abismos corriera riesgo de hundirse, afirmándole en sus nobles sentimientos y honradas ideas, de suerte que aquella cariñosa refutación de sus levantados pensamientos no podía convencerle.

Apoderóse de él una profunda tristeza.

— ¡Cómo! dijo la señora de Nucingen, ¿rehusar usted lo que se le ofrece? ¿Sabe usted lo que semejante negativa significaría? Pues que duda usted del porvenir, por lo que no se atreve usted á intimar relaciones conmigo. ¿Teme usted quizás hacer traición á mi cariño? Usted me ama, y yo... le amo; ¿por qué retrocede usted ante favores tan insignificantes? Si supiera usted la satisfacción que me ha producido el prepararle su cuarto, no vacilaría usted y me pediría perdón por haber vacilado. Además, yo tenía dinero de usted, y lo he empleado bien, ni más ni menos. Creyendo ser grande, es usted pequeño. Pide usted lo más... ¡Ah! añadió sorprendiendo en Eugenio una apasionada mirada, y se para usted en lo menos. No lo acepte usted si realmente no me ama. Mi suerte depende de una palabra. ¡Pronúnciela!... Pero, papá, convéznale usted, añadió volviéndose hacia su padre al cabo de una pausa. ¿Si creerá que somos menos delicados que él en cuestiones de honra?

Papá Goriot escuchaba aquella graciosa disputa de



enamorados, embobado, con la mirada fija de un fakir en éxtasis.

— ¡Niño! está usted en el umbral de la vida, añadió Delfina cogiendo la mano de Eugenio; tropieza usted con obstáculos que muy pocos pueden franquear; le tiende á usted la mano una mujer para ayudarle á salvarlos, y usted la rechaza. Pero usted triunfará, usted hará gran fortuna, porque lleva usted en su hermosa frente escrita la promesa de la victoria. ¿No podrá usted entonces devolverme lo que hoy le presto? ¿No daban en otro tiempo las damas á sus caballeros armaduras, espadas, cascos, cotas, de malla y caballos para que pelearan por ellas en los torneos? Pues bien, Eugenio, yo le doy á usted las armas de la época, los instrumentos necesarios para llegar á ser algo. ¡Muy lindo debe de ser el cuchitril en que usted vive si se parece al de mi padre!... Vamos, ¿no comemos hoy? ¿Quiere usted afligirme? Responda usted, dijo sacudiéndole la mano. Papá, por Dios, decídele ó me voy y no vuelvo á verlo nunca.

— Voy á decidirle, dijo Goriot saliendo de su éxtasis. Querido don Eugenio, ¿usted va á pedir dinero prestado á los prestamistas judíos, ¿no es cierto?

— A veces es forzoso, contestó.

— Bien; pues le he cogido á usted, volvió á decir el buen hombre sacando una mala cartera de cuero muy usada. Me he convertido en un judío, y aquí tiene usted todas las cuentas que he saldado. De manera que no debe usted un céntimo de todo esto que usted ve en sus habitaciones. No asciende á mucho: cosa de cinco mil francos. Yo se los presto á usted.

No se me puede usted negar, porque no soy mujer. Me firmará usted un pagaré en un trozo de papel, y ya me los devolverá usted más tarde.

Miráronse con sorpresa Eugenio y Delfina, y de sus ojos rodaron algunas lágrimas. Rastignac tendió la mano al viejo y se la estrechó.

— ¡Vaya una tontería! ¿pues qué, no sois mis hijos? dijo Goriot.

— ¿Pero cómo se las ha compuesto usted? pobre padre mío? preguntó Delfina.

— Vais á ver, respondió. Cuando te decidiste á hacer que viniera á vivir cerca de tu casa, y te vi haciendo compras como si fueras á casarte, pensé: « Va á verse apurada de dinero. » Nuestro abogado dice que el proceso intentado á tu marido para que te devuelva tu fortuna durará más de seis meses. Bien. He vendido mis mil trescientos cincuenta francos de renta perpetua; con quince mil francos me he asegurado mil doscientos de renta vitalicia bien garantida, y con el resto del capital he pagado vuestra instalación, hijos míos. Arriba tengo un cuarto por ciento cincuenta francos al año, puedo vivir como un príncipe con dos francos diarios, y aún me ha de sobrar. La ropa me dura mucho; de manera que casi no necesito reponer la que tengo. Por todo lo cual, hace quince días que me río para mis adentros, diciéndome: « Van á ser felices. » Y vamos á ver, ¿lo sois ó no?

— ¡Oh papá, papá! dijo Delfina, cayendo sobre su padre, quien la recibió en las rodillas.

Cubrióla de besos, al propio tiempo que sus rubios cabellos acariciaban las mejillas del viejo, inun-



dando de lágrimas aquel rostro en que brillaba la satisfacción más viva.

— Padre querido, ¡eres un padre! añadió. No; no hay dos padres como tú en el mundo. ¡Eugenio, que tanto te quería, cuánto te querrá ahora!

— Pero hijo mío, dijo papá Goriot, quien hacía diez años que no sentía palpitar sobre su corazón el de su hija; pero, Delfinita, ¡me quieres matar de alegría! ¡Se me salta este pobre corazón!... ¡Créame usted, don Eugenio, ya estamos en paz; ya no nos debemos nada uno á otro!

Y el viejo apretaba á su hija entre sus brazos con tan delirante energía que Delfina dijo:

— ¡Ay! me haces daño.

— ¡Que te he hecho daño! dijo, quedándose pálido.

Y se la quedó mirando con una expresión sobrehumana de dolor.

Para dibujar bien la fisonomía de este Cristo de la paternidad, sería preciso ir á buscar comparaciones en las imágenes que los príncipes de la paleta han creado al querer representar la pasión sufrida en beneficio del mundo por el Salvador de los hombres.

Papá Goriot besó muy suavemente aquella cintura que con sus dedos había lastimado.

— No, no, ¿verdad que no te he hecho daño? preguntó sonriendo. ¡Tú sí que me le has hecho con tu grito! Esto ha costado más, añadió al oído de su hija, besándola con mucho cuidado, pero es preciso cogerlo; de lo contrario, se enfadaría.

Petrificado estaba Eugenio ante la inagotable abnegación de aquel hombre, y le contemplaba expresando

esa cándida admiración que, en la juventud, es fe.

— ¡Seré digno de todo eso! exclamó.

— Es hermoso lo que acaba usted de decir, Eugenio mío.

Y Delfina besó en la frente al estudiante.

— Ha rehusado por ti la mano de Victorina Taillefer con todos sus millones, dijo papá Goriot... La niña le quería, y, como ha muerto su hermano, es rica como Crespo.

— ¡Oh! ¿por qué lo ha dicho usted? exclamó Rastignac.

— Eugenio, le dijo Delfina al oído, ahora tengo un sentimiento para esta noche. ¡Ah! le amaré á usted mucho y para siempre.

— Este es el día más hermoso de mi vida desde que os casásteis, exclamó Goriot. Hágame Dios sufrir lo que quiera, no siendo por causa vuestra, que yo podré siempre decirme: « En febrero de este año he sido más feliz en un momento que pueden serlo los demás hombres en toda su vida. » Mirame, Finita, dijo á su hija... ¿Es muy hermosa, verdad? prosiguió dirigiéndose á Eugenio. Diga usted, ¿ha encontrado usted muchas mujeres que tengan estos colores y este hoyito en la barbilla? ¿Verdad que no? Pues bien, esta preciosidad es obra mía. Y ahora, que usted la hará feliz, valdrá mil veces más. Amigo mío, puedo tranquilamente tomar el camino del infierno si usted necesita mi puesto en el paraíso... Comamos, comamos, añadió sin saber ya lo que se decía; todo es nuestro.

— ¡Pobre papá!



— ¡ Si supieras, hija mía, dijo levantándose y acercándose á ella para cogerle la cabeza entre las manos y besarle los rizos del cabello, á qué poca costa puedes hacerme feliz! Ven á verme algunas veces. Yo estaré arriba, poco tendrás que andar. ¡ Prométemelo!

— Sí, querido papá.

— Dilo otra vez.

— Sí, mi buen papá.

— Calla, calla; porque, si no me contuviera, sería capaz de hacértelo repetir cien veces... Comamos.

Toda la velada pasó en niñerías, no siendo papá Goriot el que se mostró menos niño de todos. Tendióse á los pies de su hija para besárselos; se quedaba como extasiado, mirándola á los ojos; se refregaba la cabeza contra su vestido; en una palabra, hacía locuras como las que se le hubieran ocurrido al amante más joven y más cariñoso.

— Lo cierto es, dijo Delfina á Eugenio, que cuando mi padre está con nosotros, hay que atenderle exclusivamente. A veces será eso muy molesto.

Eugenio, que ya había sentido varios ataques de celos, no podía censurar aquellas palabras que encerraban el principio de todas las ingratitudes.

— ¿ Y cuándo estará terminada la instalación? dijo Eugenio examinando la estancia. ¿ De modo que será preciso separarnos esta noche?

— Sí, pero mañana vendrá usted á comer conmigo, dijo en tono malicioso Delfina. ¡ Mañana es día de Italianos!

— ¡ Yo iré al gallinero! añadió papá Goriot.

Ya habían dado las doce. El coche de la señora de

Nucingen esperaba á la puerta. El tío Goriot y el estudiante regresaron á la casa de huéspedes, hablando de Delfina con entusiasmo creciente, que dió lugar á un curioso combate de ditirambos entre aquellas dos violentas pasiones. No podía Eugenio disimularse que el amor del padre, libre de todo impulso de interés personal, dominaba al suyo propio por su persistencia y por su extensión. El ídolo era para el padre siempre puro y hermoso, abarcando su adoración tanto el pasado como el porvenir.

Sola, en un rincón al lado de la estufa, entre Silvia y Cristóbal, hallaron á la señora de Vauquer. La vieja pupilera estaba allí como Mario sobre las ruinas de Cartago, esperando á los dos únicos huéspedes que le quedaban, y desahogándose con Silvia. Aunque ha puesto lord Byron en boca del Tasso lamentaciones bastante bellas, muy lejos están de la profunda verdad de las que exhalaba la patrona:

— ¡ De modo que mañana por la mañana no tienes que hacer sino tres trazas de café, Silvia! ¿ No es verdad que parte los corazones ver mi casa desierta? ¿ Qué es la vida sin mis huéspedes? ¡ Nada absolutamente! He ahí mi casa desguarnecida de sus hombres; y sin ellos, ya no hay vida. ¿ Qué le he hecho yo al cielo para que me envíe tales desastres? ¡ Y yo que había hecho provisión de judías y patatas para veinte personas! ¡ La policía en mi casa! No vamos á poder comer más que patatas! ¡ Tendré que despedir á Cristóbal!

El saboyano, que dormitaba, despertóse y dijo:

— ¡ Mande usted, señora!



— ¡Pobre muchacho! ¡Es como un dogo! exclamó Silvia.

— ¡La peor época del año; cuando todos están alojados! ¿De dónde me van á venir huéspedes? Es cosa de perder la cabeza. ¡Y esa bruja de Michonneau que se me lleva á Poiret! ¿Qué le haría á ese hombre para que se encariñara con ella hasta el punto de seguirla como un perro faldero?

— ¡Ah! señora, exclamó Silvia moviendo la cabeza, esas solteronas saben mucho.

— ¡Ese pobre señor Vautrin, al que han convertido en un presidiario! repuso la viuda; pues mira, Silvia, todavía no me entra á mi eso en la cabeza. ¡Un hombre tan alegre que gastaba quince francos al mes en ponche y que pagaba tan bien!...

— ¡Era muy generoso! dijo Cristóbal.

— ¡Sin duda ha habido una equivocación! dijo Silvia.

— Eso no, puesto que declaró él mismo que era verdad, añadió la Vauquer. ¡Cuando pienso que todo esto ha ocurrido en mi casa y en un barrio por donde no pasa un gato! A fe de mujer honrada que me parece un sueño. Porque, mira, hemos visto la desgracia que le ocurrió á Luis XVI, hemos visto caer al emperador y volver, y caer por segunda vez... todo eso estaba en el orden de las cosas posibles; mientras que las casas de huéspedes están seguras, porque se puede vivir sin rey, pero no sin comer; y cuando una mujer decente, de la familia de Conflans, da á sus huéspedes un buen trato, como no venga el fin del mundo... ¡Pues eso, eso, ya llegó el fin del mundo!

— ¡Y pensar que la señorita Michonneau, que le ha causado á usted todo este desavío va á cobrar del gobierno tres mil francos de renta! exclamó Silvia.

— ¡Calla por Dios, es una criminal! dijo la viuda de Vauquer. ¡Y para que nada falte á su traición, se va á casa de la Buneaud. Esa es capaz de todo. En su tiempo debe de haber cometido horrores; debe de haber robado y asesinado... En presidio es donde le correspondía estar en lugar de ese pobre hombre tan simpático...

En esto llamaron Eugenio y papá Goriot.

— ¡Ah! Ahí están mis dos fieles, dijo suspirando la viuda.

Los dos fieles, que apenas conservaban ya un recuerdo de los desastres de la casa de huéspedes, declararon sin ambages á la patrona que se iban á vivir á la Chaussée-d'Antin.

— ¡Ay! Silvia, exclamó la viuda, éste es el golpe final. ¡Me han matado ustedes, señores! Es como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago; parece como que tengo ahí una barra de hierro. Este es un día que me ha envejecido diez años. ¡Palabra, que me voy á volver loca! ¿Qué hago ahora de las judías? Pues bien; si he de quedarme sola, mañana mismo te irás, Cristóbal... ¡Adiós, señores, buenas noches!

— ¿Qué le pasa? preguntó Eugenio á Silvia.

— ¡Toma! pues que todos se han largado á consecuencia de lo que ha ocurrido: eso le ha trastornado la cabeza. Vaya, la oigo llorar. Le sentará bien gimotear un poco. Esta es la primera vez que se vacía los ojos desde que sirvo en su casa.



Al día siguiente, la viuda de Vauquer se había, según su expresión, *razonado*. Si pareció afligida como una mujer que se había quedado sin sus pupilos, y cuya vida resultaba desvencijada, conservaba firme la cabeza, mostrando lo que era un pesar verdadero, pesar profundo hijo del interés lastimado, no menos que del quebrantamiento de los hábitos adquiridos. Seguramente no es más triste la mirada del amante á los sitios habitados por su amada al abandonarlos, que la dirigida por la viuda de Vauquer á su mesa vacía. Eugenio la estuvo consolando diciéndole que Bianchon, cuyo curso como interno terminaba dentro de pocos días, vendría de fijo á sustituirle; que el empleado del Museo había manifestado varias veces el propósito de ocupar el cuarto de la viuda de Couture, y que, por tanto, en pocos días tendría personal nuevo.

— ¡Quiera Dios oírle á usted, querido señor! pero ya entró la desgracia en mi casa. Antes de diez días, tendremos un muerto, ya lo verá usted, añadió, echando una lúgubre ojeada al comedor. ¿Quién de nosotros caerá?

— ¡Qué bueno es marcharse de aquí! dijo Rastignac á papá Goriot.

— Señora, vino á decir Silvia muy sofocada, hace tres días que el minino no parece.

— ¡Ah! Pues si ha muerto mi gato, si se nos ha escapado, entonces...

La pobre viuda no pudo acabar; juntó las manos y se dejó caer hacia atrás en el respaldo de la butaca, abrumada por tan terrible pronóstico.

Hacia el medio día, hora en que llegaban los carteros al barrio del Pantcón, recibió Eugenio una carta, envuelta en elegante sobre timbrado, con las armas de los de Beauseant. Contenia una invitación dirigida á los señores de Nucingen para el baile, que hacia un mes se venía anunciando, en casa de la vizcondesa. A la invitación acompañaban cuatro letras para Eugenio:

« He pensado, caballero, que aceptaría usted gustoso ser el intérprete de mis simpatías para con la señora de Nucingen; envió á usted la invitación que me ha pedido, y me será muy grato conocer á la hermana de la señora de Restaud. Tráigame pues á esa linda persona y tenga usted á bien poner de su parte para que dicha señora no le robe toda afección de que es usted capaz: mucha me debe usted á cambio de la que yo le profeso.

» VIZCONDESA DE BEAUSEANT. »

— No hay duda, se dijo Eugenio, volviendo á leer la carta, la vizcondesa me dice con bastante claridad que no quiere nada con el barón de Nucingen.

No tardó en ir á ver á Delfina, muy contento de poderle proporcionar una satisfacción, cuyo precio esperaba recibir. Bañándose estaba la señora de Nucingen. Rastignac esperó en el tocador, con la natural impaciencia de un joven ardiente y ansioso de tomar posesión de su amante, objeto de dos años de deseos. Hay emociones que no experimenta dos veces un hombre en su vida juvenil. La primera mujer,



realmente mujer, con quien se liga un hombre, esto es, la que se le aparece rodeada de todos los esplendores que la sociedad parisiense exige, no tiene rival. El amor en París no se parece en nada á los amores de otras partes. Ni los hombres, ni las mujeres se dejan engañar por esas palabras vulgares que cada uno ostenta, por decencia, acerca de afecciones que dice ser desinteresadas.

No le basta á una mujer, en París, satisfacer el corazón y los sentidos, sino que, según ella sabe muy bien, tiene mil obligaciones que cumplir, todas ellas referentes á las mil vanidades de que se compone la vida. Allí, más que en ninguna otra parte, es el amor esencialmente fanfarrón, descarado, derrochador, charlatán y ostentoso.

Si todas las mujeres de la corte de Luis XIV envidiaron á la señorita de La Vallière, el impetu apasionado que hizo á este gran príncipe olvidar que sus puños de encaje valían unos tres mil francos cada uno, cuando los rompió para facilitar al duque de Vermandois su entrada en la escena del mundo, ¿qué puede pedirse al resto de la humanidad? Sed jóvenes, ricos y nobles, y aun más que todo eso si es posible; cuanto más incienso queméis ante vuestro ídolo, más propicio le tendréis, dado caso de que tengáis ídolo. El amor es una religión, y su culto ha de costar mucho más que el de las demás religiones; pasa pronto, pero devastándolo todo á su paso, como podría hacerlo un pilluelo. El lujo del sentimiento es la poesía de las buhardillas; sin esa riqueza, ¿qué sería del amor en tales sitios? Si alguna excepción

existe en estas leyes draconianas del código parisién, encuéntrase en almas solitarias, que no se han dejado arrastrar por las doctrinas sociales, y que viven junto á alguna fuente de claras aguas, fugitivas, pero constantes, fieles á sus umbríos retiros y felices al escuchar el lenguaje del infinito, para ellos escrito en todas partes, porque le llevan dentro de sí, y que esperan pacientemente sus alas, compadeciendo á los seres que sólo se satisfacen con las alegrías terrenales.

Mas, semejante á la mayor parte de los jóvenes que han gustado anticipadamente las grandezas del mundo, Rastignac quería presentarse en la pelea armado de todas armas; acometido por la fiebre mundana, sentíase con fuerzas para vencer, pero sin conocer los medios de conseguirlo ni el objeto de su ambición. A falta de uno de esos amores puros y sagrados que llena una existencia, esta sed de dominación puede ser móvil de grandes cosas; basta despojarle de todo interés personal y proponerse la grandeza de la patria. Pero faltábale todavía mucho al estudiante para llegar al punto desde el cual puede el hombre contemplar la corriente de la vida y juzgarla. Hasta entonces, ni siquiera habíase despojado por completo del encanto de las frescas y suaves ideas que, cual tiernas hojas, envuelven la juventud de los muchachos educados en provincias. Continuamente había vacilado en atravesar el Rubicón parisiense, conservando, á pesar de su ardiente curiosidad, algunos escrúpulos, vestigios de la vida del noble provinciano en su casa solariega. Sin embargo, sus últimos escrúpulos desaparecieron



la víspera, al verse en su nueva habitación. Al gozar de las ventajas materiales de la fortuna, como desde mucho tiempo atrás gozaba de las ventajas morales debidas al nacimiento, habiase despojado de lo que de provinciano le quedaba, instalándose á sus anchas en aquella posición desde la cual tan risueño porvenir descubría. Así es que mientras esperaba á Delfina, muellemente sentado en aquel elegante tocador, que casi consideraba suyo, veíase tan lejos del Rastignac que hacía un año había llegado á París, que al contemplarle por un efecto de óptica moral, preguntábase si aquél era él mismo.

— La señora está en su cuarto, vino á decirle Teresa, haciéndole estremecerse.

Halló á Delfina tendida en el sofá, junto á la chimenea, fresca y reposada. Al verla ostentarse de aquella manera sobre ondas de muselina, no podía dejar de comparársela á esas plantas de la India tan hermosas, cuyo fruto nace en la flor misma.

— Bien; henos aquí, dijo Delfina con emoción.

— Adivine usted lo que le traigo, contestó Eugenio, sentándose junto á ella y cogiéndole el brazo para besarle la mano.

Hizo Delfina un movimiento de alegría leyendo la invitación. Volvió hacia Eugenio sus ojos húmedos, y le echó los brazos al cuello, delirante de vanidosa satisfacción, para atraerle hacia sí.

— ¡Y es á usted (á ti, dijole al oído; pero está Teresa en mi cuarto-tocador, y hay que ser prudentes), á usted es á quien debo esta dicha! Sí; me atrevo á llamarla dicha, y, además, obtenida por usted, no es

un simple triunfo de amor propio. Nadie me había querido presentar en esa clase de mundo. Quizá me encuentra usted en este momento pequeña, frívola y ligera como una parisiense; pero reflexione usted, amigo mío, que estoy dispuesta á sacrificarle todo, y que ahora deseo más ardientemente que nunca ir al arrabal Saint-Germain, pues sé que he de encontrar á usted allí.

— ¿No piensa usted, como yo, que la señora de Beauseant da á entender que no espera ver al barón de Nucingen en el baile?

— Ya lo creo, dijo la baronesa devolviendo la carta á Eugenio. Esas mujeres tienen el genio de la imper-tinencia. Pero no importa, iré. Mi hermana irá también, y tengo noticia de que prepara un tocado hermosísimo... Eugenio, añadió en voz baja, me consta que va para disipar terribles sospechas. ¿No sabe usted lo que dicen de ella? Nucingen ha venido á contarme esta mañana lo que sin ningún rebozo se hablaba en el círculo. ¡En qué estriba, Dios mío, la honra de las mujeres y de las familias! Me he sentido atacada y lastimada en la persona de mi hermana. Según algunos, el señor de Trailles ha firmado unas letras de cambio por valor de cien mil francos, y como casi todas han vencido, iba á ser llevado á los tribunales. Viéndole reducido á semejante extremidad, mi hermana ha vendido á un judío sus diamantes, aquellos magníficos diamantes que usted la había visto y que pertenecieron á la madre del conde de Restaud. Hace dos días que no se habla de otra cosa. Con tales antecedentes, comprendo muy bien que quiera Anas-



tasia ponerse un vestido bordado y desee fijar en ella todas las miradas en el baile de la señora de Beau-seant, apareciendo en él en todo su esplendor y adornada con sus brillantes. Pero yo no quiero quedarme atrás. Siempre ha tratado mi hermana de humillarme, y no ha sido nunca buena para mí, que tantos favores le he hecho y que tenía siempre dinero para darle cuando carecía de él... Mas dejemos las cosas del mundo, hoy quiero ser completamente dichosa.

Aun estaba Rastignac á la una de la madrugada en casa de Delfina, la cual, prodigándole ese adiós de los amantes, adiós tan lleno de alegrías para el porvenir, dióle con una melancólica expresión :

— Siento tal miedo, tal superstición — dé usted á mis presentimientos el nombre que guste — que temo pagar mi felicidad con alguna espantosa desgracia.

— ¡Chiquilla!

— ¡Ah! Esta noche me toca á mi ser la chiquilla, dijo Delfina riendo.

Eugenio volvió á casa de la Vauquer, seguro de dejarla al día siguiente; abandonóse, pues, en el camino, á esos bonitos ensueños que suelen tener todos los jóvenes al sentir todavía en sus labios el sabor de la felicidad.

— ¿Y qué? dijo el tío Goriot cuando vió pasar á Rastignac por la puerta del cuarto.

— ¡Mañana se lo contaré á usted todo! contestó Eugenio.

— Todo, ¿verdad? grito el buen viejo. Acuéstese usted, que mañana tenemos que comenzar la vida de color de rosa.

Al día siguiente, Goriot y Rastignac sólo esperaban el que tuviese á bien llegar un mozo de cuerda para marcharse de la casa de huéspedes, cuando, á eso de las doce, retumbó en la calle Neuve-Sainte-Genève el ruido de un coche; éste se detuvo precisamente á la puerta de la casa de huéspedes. Del coche bajó la señora de Nucingen preguntando si estaba su padre. Como Silvia le respondiera afirmativamente, subió con rapidez la escalera.

Eugenio hallábase en su cuarto sin que su vecino lo supiera. Durante el almuerzo había pedido á papá Goriot que se encargara del transporte de su equipaje, que á las cuatro se encontrarían en la calle de Artois. Pero mientras Goriot iba en busca de los mozos, Eugenio, habiendo respondido á la llamada en clase, había vuelto muy aprisa y sin que nadie le viera para arreglar sus cuentas con la patrona, no queriendo confiar este negocio á papá Goriot, el cual, en su fanatismo, habría sin duda pagado por él. La viuda había salido, y Eugenio subió al cuarto para ver si se le olvidaba algo, precaución de que se alegró al hallar en un cajón de su mesa la letra firmada en blanco á Vautrin, y que después de pagada arrojara allí, olvidándola. Como no tenía lumbre en la chimenea, disponíase á romperla en pedacitos, cuando reconoció la voz de Delfina. Detúvose entonces, para escuchar, no queriendo hacer el menor ruido, pues pensó que Delfina no debía tener secretos para él. Luego, desde las primeras palabras, parecióle demasiado interesante la conversación entre el padre y la hija, para no escucharla.